

Lucía Jerez en Costa Rica

Pedro Pablo Rodríguez

Centro de Estudios Martianos

Cuba

Doi: <https://doi.org/10.15359/tdna.35-66.7>

Recibido: 14/5/2019

Suele afirmarse, con plena razón, que en el arte y la literatura no hay regla fija para la aceptación de una obra por el público. No es raro que aquella afamada rápidamente tras su aparición, algún tiempo después caiga en el olvido, como igualmente puede suceder con la que casi nadie nota cuando se crea y más adelante es recibida a bombo y platillo. Hay piezas que se mantienen por siglos como monumentos, y que son llamadas clásicas, y otras que van sufriendo alternativamente altas y bajas en su apreciación.

Algo de eso ha sucedido con la única novela escrita por José Martí, *Lucía Jerez*.



Tras un largo periodo de tiempo en que apenas si se hablaba de ella, mencionada sobre todo por los estudiosos del Maestro, no sin cierta pena, y hasta con franca descalificación, como algo que quedaba muy por debajo del resto de su escritura, desde hace unos cuarenta años ha despertado un creciente interés de la crítica, y al parecer también del público, a juzgar por la ausencia de ejemplares en las librerías cubanas.

No sabemos cuál fue la acogida que tuvo la novela en 1885, cuando Martí la publicó por entregas en el periódico *El Latino-Americano*, de Nueva York, que circulaba quincenalmente, bajo el título de “Amistad funesta” y la firma de Adelaida Ral. Claro que solo un número muy reducido de amistades quizás supieran quién la había escrito. Su autor fue duro en su valoración, pues la calificó de “noveluca”. ¿Por qué ese despectivo? ¿Sería consecuencia del evidente prejuicio de Martí contra el género en su época? ¿La estimó acaso un simple ejercicio de habilidades narrativas para cumplir el urgente encargo del editor?

¿Tras esa postura autoral negativa se escondería quizás su consideración de que la novela había sido como un juego entre él y su amiga Adelaida Baralt, quien le pasó la solicitud del periódico recibida originalmente por ella? ¿Todo eso explica por qué se enmascaró tras el seudónimo, tan cercano al nombre de la amiga?

Resulta difícil admitir que la aceptación martiana fuera impulsada simplemente por el pago, por debajo de lo que entonces recibía mensualmente por sus dos colaboraciones con *La Nación*, de Buenos Aires. Cuando se ha leído la novela resulta obvio que en ella Martí despliega ideas muy propias, y hasta novedosas para su época, en cuanto a la mujer, al amor y a la identidad latinoamericana, además de que allí pone de manifiesto sus particulares estilo y pensamiento sustentados en la imagen y en símbolos osadísimos, y una prosa caracterizada por el color y el movimiento. Cuando se ha examinado con frecuencia la personalidad de Martí, es difícil no pensar que aquella solicitud no fuera asumida por él como un reto literario y como una oportunidad más para difundir sus puntos de vista.

Prueba de que, al menos a partir de determinado momento, alteró su propia estimativa es que entre su papelería aparecieran los recortes del periódico neoyorquino con numerosos cambios manuscritos, más un prólogo inconcluso y

el cambio del título por el de *Lucía Jerez*. A todas luces, continuó trabajar el texto, evidentemente para una edición en forma de libro, aunque, sin embargo, no refiere la novela en su carta de 1895 a Gonzalo de Quesada y Aróstegui orientándole sobre cómo reunir y ordenar su obra. ¿La olvidó voluntaria o involuntariamente, o la consideró como algo inacabado?

El propio De Quesada y Aróstegui insertó la novela, con el título de *Amistad funesta* en el tomo X de las *Obras del Maestro*, en 1911. Y su hijo y continuador, Gonzalo de Quesada Miranda, la incluyó en 1940 en el tomo 25 de las *Obras completas* que compiló para la Editorial Trópico. Así, pues, no fue hasta el siglo XX que los lectores pudieron relacionarla con su autor. No fue hasta bien avanzada la pasada centuria que se editó en forma de libro, fuera de las compilaciones de sus obras completas, y desde 1975 los editores se han inclinado por *Lucía Jerez* en vez de *Amistad funesta*, siguiendo así el deseo autoral.

El caso más reciente es el ocurrido durante el XI Encuentro Internacional de Cátedras Martianas, efectuado en la ciudad costarricense de Puntarenas. Allí el doctor Mario Oliva-Medina, quien ha incursionado en los textos martianos, en su condición de catedrático e investigador de la Universidad Nacional de Costa Rica, en Heredia, presentó una nueva edición de *Lucía Jerez*, publicada



por la Editorial de ese alto centro de estudios. Se trata de la edición crítica preparada por el investigador cubano Mauricio Núñez Rodríguez, (EUNA, 2013) ya antes con una edición a cargo del Centro de Estudios Martianos, otra en Guatemala, otra en español en Estados Unidos y una bilingüe en español y francés, impresa en Suiza.

Esta edición costarricense alcanza los cuatrocientos ejemplares, tirada habitual de sus libros, con un agradable y manual formato y una excelente cubierta de Carlos Rubí en que destacan flores de magnolia, símbolos empleados por Martí para sintetizar las personalidades femeninas que guían la novela, cuyo autor no se señala en los créditos editoriales. A juzgar por la acogida del público a las anteriores ediciones, cuyas tiradas pueden oscilar entre tres y cinco mil ejemplares, esta centroamericana resulta pequeña, aunque probablemente obedezca a las posibilidades de realización de los libros en el hermano país. Lo cierto es que en Cuba hace años que no se ve en las librerías.

Más allá del aprecio creciente entre los críticos, atentos a los valores de esta pieza considerada entre las iniciadoras del modernismo hispanoamericano, hay que preguntarse qué pasará en el futuro con la novela, tal como hace Núñez Rodríguez en su amplio estudio que abre el libro acerca de la historia de su recepción. ¿Serán llamativos los

celos de Lucía, la protagonista, que la impulsan a dar muerte a Sol, su amiga, en la que ve una rival en el amor de su novio, Juan Jerez? El detalle y el color, creadores de una atmósfera singular en este relato presidido por la pasión que conduce a la insensatez de Lucía, ¿continuarán atrapando a quienes prefieren degustar a un buen prosista? ¿Esta novela de mujeres —Lucía y sus amigas, cada una de ellas un tipo humano diferente— seguirá sacudiendo a ese gran tema contemporáneo de los géneros? ¿Se deleitarán los lectores con esos personajes particularmente simbólicos como Ana, la amorosa enferma o el pianista húngaro Keleffy, síntesis de las ideas martianas sobre el arte? Esta narración, que es también de tesis, expuestas muy claramente por el autor a través de los discursos de Juan Jerez, ¿podrá gozar del favor de los lectores de mañana? Solo el tiempo dará la respuesta. Bástenos por ahora agradecer esta edición costarricense, que ojalá contribuya a aumentar sus lectores de hoy.

